

CAMINOS IRREVERENTES

Iván Medina Castro



UNIVERSIDAD DE COLIMA

Camino irreverentes

MAR DE FUEGO

Universidad de Colima

Dr. Christian Jorge Torres Ortiz Zermeño, Rector

Mtro. Joel Nino Jr., Secretario General

Mtro. Jorge Martínez Durán, Coordinador General de Comunicación Social

Mtra. Ana Karina Robles Gómez, Directora General de Publicaciones

Caminos irreverentes

Iván Medina Castro



UNIVERSIDAD DE COLIMA

© Universidad de Colima, 2023
Avenida Universidad 333
Colima, Colima, México
Dirección General de Publicaciones
Teléfonos: (312) 316 1081 y 316 1000, extensión 35004
Correo electrónico: publicaciones@uclm.mx
www.uclm.mx

Derechos reservados conforme a la ley
Publicado en México | *Published in Mexico*

ISBN electrónico: 978-607-8814-79-4
DOI: 10.53897/LI.2023.0018.UCOL
5E.1.1/32200/047/2023 Edición de publicación no periódica



Este libro está bajo la licencia de Creative Commons, Atribución – NoComercial - CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

Usted es libre de: Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material bajo los siguientes términos: Atribución: Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante. NoComercial: Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales. CompartirIgual: Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License.

You are free to: Share: copy and redistribute the material in any medium or format. Adapt: remix, transform, and build upon the material under the following terms: Attribution: You must give appropriate credit, provide a link to the license, and indicate if changes were made. You may do so in any reasonable manner, but not in any way that suggests the licensor endorses you or your use. NonCommercial: You may not use the material for commercial purposes. ShareAlike: If you remix, transform, or build upon the material, you must distribute your contributions under the same license as the original.

Proceso editorial certificado con normas ISO desde 2005
Dictaminación y edición registradas en el Sistema Editorial Electrónico PRED
Registro: LI-033-22
Recibido: Noviembre de 2022
Publicado: Septiembre de 2023

Dedicatoria

En memoria de mi padre, Oscar Héctor Medina García.

Índice

El retorno del huno.....	9
Falsaria	11
Uno a uno, nunca ambos.....	13
<i>Lazy bird</i>	17
Caín	19
Esta noche, corazón.....	25
Entonces, todos te vieron bailar.....	30
<i>Schack</i>	34
Danzas eslavas	41
Fuego cruzado.....	46
<i>Summer of love</i>	49
Almendra	55
Isadora	61
Los elegidos	64
<i>Everybody must get stoned</i>	71
Café, tostado y colado.....	75

El retorno del huno

*We can beat them, for ever and ever
We can be heroes, just for one day.
David Bowie*

A Emilio Farjat

Los abuelos comentaban que hace tiempo, después de una épica gesta máscara contra máscara por el título de los rudos, el héroe Bleda desapareció.

El día de la gala, en acostumbrada función de los martes, la ciudad se paralizó. Transmitirían por radio y televisión desde la arena Coliseo el encuentro esperado de las máximas figuras de todos los tiempos: dos ídolos de la afición. Halcón Dorado llevaba varias campañas en busca de consagrarse, sin duda la máscara perteneciente a Bleda sería la fórmula para quedarse en planos estelares; por su parte, el rival sólo deseaba apuntalar su sitio.

“Si perdiera el cetro me retiraría de la lucha libre”, confesó Halcón Dorado a la revista de circulación nacional *Box y Lucha*. Bleda expresó: “a pesar del público y del mismo Halcón Dorado, voy a ser campeón”. Pero este último pronto tragó sus palabras, fue la noche más negra de su existencia, pues en dos caídas al hilo perdería el combate y su estatus de leyenda siempre llevaría esa huella. Enseguida de que Halcón Dorado lo venciera con espectacularidad, Bleda decidió reconstruir su vida, no regresar al *ring* y no reclamar el cinturón.

“Aquella fue una función llena de colorido, inolvidable, sencillamente memorable. El interés de los ciudadanos no estaba en otra parte”, recordó extasiado el abuelo. El Coliseo de México lució hasta las lámparas y aún resuenan en los oídos las palabras del maestro de ceremonias:

— Respetable público, lucharán a dos de tres caídas, sin límite de tiempo. En esta esquina, Halcón Dorado, y en esta otra, Bleda —, entre los pitos y rechiflas de los asistentes.

Luego de un tiempo de dedicación, no sólo en las virtudes de la fuerza contemplativa, sino también de la preparación de sus habilidades técnicas, a Bleda no se le volvió a ver jamás. Así pues, rumores hay de que el luchador, sin revelar plenamente su identidad, visita la palestra de los noveles atletas para prepararlos como maestros del pancrancio y luego despedirse de ellos, asegurando que pronto volverá a la arena a clamar su afrenta.

Lo extraño es que a Bleda lo han visto en varios lugares a la vez. A un Bleda le sigue otro; uno se acuesta, otro se levanta. No se pueden contar. El número de estos Bleda no tiene fin.

Ahora soy yo, quien en mi nieto albergo la esperanza del retorno de Bleda, el héroe de los mil nombres.

Falsaria

*Los velos cayeron a su alrededor
como espesas nieblas, disparadas
por soles de topacio y amatista.
Arthur O´Shaughnessy*

Tenía suficientes concubinas y todas ellas poseían encantos peculiares, pero nunca había perdido la cabeza por una mujer danzanta con los pechos al aire.

Él no admitía que los conflictos con la consorte favorita tuvieran origen en el aire enardecido del reino, sino en la naturaleza misma de la secta del pez, que se proclamaba como el instrumento del único dios. Sería su quincuagésimo cumpleaños y deseaba celebrar su tetrarquía con pompa y platillo. La astucia y sagacidad en el arte de gobernar lo mantenían en la cima del poder, contra viento y marea.

En vísperas de su festejo, Hérodes Antipas aceptó la propuesta incisiva de Herodías, obnubilado por los perfumes sobrecargados de la mirra, procedentes de los escondrijos del grupo sedicioso que en Galilea negaba la existencia de los dioses del imperio. En la vida mundana, tanta incertidumbre habían causado en ella los señalamientos de Juan el Bautista, pero una vez enmarañado el soberano, sabría vengarse manipulando los encantos de la princesa idumea.

En la conmemoración de su nacimiento, el tetrarca destinaría un instante para contemplar un baile sodomita ejecutado por su hijastra, Salomé. Aquella mujer danzanta con los pechos al aire y los pezones erectos, desordenó el juicio del rey, quien, tras un suspiro de turbación, le ofre-

ció hasta la mitad del reino. Sorprendido por su propia incompreensión, ella le pidió realizar una acción insólita y no menos aberrante: cortar la cabeza del predicador Juan el Bautista.

Salomé parecía ser de la familia de las avispas, no sólo por las ancas alzadas, sino por el veneno aniquilador. Fue la única vez que Herodes, desde sus primeros tiempos, sintió el estómago atravesado por una lanza de enamoramiento. Con el corazón enloquecido e impaciente, a prueba de todo reparo, cumpliría con su palabra.

Los notables no estaban sobrecogidos por el impacto de observar una cabeza en fuente de plata en el centro de la corte, sino paralizados por el miedo a las exuberancias de aquella mujer que, con besos de fuego, saboreó los labios húmedos por el rocío de la noche del decapitado, furiosa como una loca.

Herodías no había soñado con tanta fortuna en el más desaforado de sus delirios, e impulsada por un ventarrón incontrolable estalló en una risa macabra como fuegos de artificio. Pronto, el estado de efluvio maligno se difuminó tras escucharse en el recinto el cantar de los últimos gallos, y se hizo la luz por entre los encajes del palacio.

Herodes, al estremecerse de su osadía con la ayuda de la claridad matinal, se arrepintió; no obstante, lo hecho, hecho estaba. Y aunque por las calles pútridas de “el país de más allá”, conocido como Perea, la muchedumbre lo maldijo, él vivió mucho más de lo que ninguna de sus víctimas hubiera deseado, en particular, más que los del séquito maniaco que se había hecho sumir en las abluciones de manos del profeta.

Uno u otro, nunca ambos

*Both parties play both
the active and the passive sexual role-either
simultaneously or through time.*

Unni Wikan

—No tendría sexo con un hombre, pero... quizá... si aquel se volviera ella. Tal y como versa la canción: “*shaved her legs and he was a she*”. Lo/la podría hacer gemir —, comentó el individuo uno.

— En definitiva, una persona de sexo ambiguo no tiene razón de permanecer en esta sociedad —, alegó el individuo dos.

— Bueno, bueno, desistamos en la búsqueda de placeres quiméricos. Tengo un evento por asistir con una verdadera mujer. Viagra por la noche y una gragea anticonceptiva al amanecer —, agregó sin más el individuo uno.

El individuo dos, con incisiva provocación, alzó los brazos por lo alto, similar al mismísimo Lou Reed durante alguna presentación, y gritó desde lo lejos:

— “*Hey sugar, take a walk on the wild side*”.

— Vete mucho a la mierda, desviado — respondió el individuo uno a pulmón abierto, aunque se apenó, pues sintió cierta incomodidad por parte de los transeúntes.

El individuo uno llegó tarde a la ópera y, aunque tenía un lugar reservado, no pudo sentarse junto a su prometida. El aforo estaba a reventar. En respuesta a su reclamo, le asignaron un asiento mero en frente del foso de los músicos.

sicos, según reservado a políticos e intelectuales. Trató de visualizar a su prometida, pero fue imposible.

La tercera llamada concluía, proyectaron las luces al escenario y la claridad inválida que a veces oscilaba, alumbró a aquel personaje producto de la fantasía, Madame Butterfly, a quien el individuo uno se quedó mirando sumergido por una punzante iluminación imposible de escapar, de una manera tan atrevida y en veces concupiscente. Mas no es relevante explicar cómo el individuo uno la conoció. Lo importante está en decir que ese hombre, Madame Butterfly, resultó tan femenina como lo es el púrpura a la lavanda.

La única oportunidad que el individuo uno tuvo de estar con él/ella resultó ser en el camerino, después de la función. Sentado en un taburete, sacó un libro de cuentos del zurrón y procedió a esperar leyendo uno de ellos, acerca de bosques poblados de hermafroditas. Mientras así lo hacía, de reojo, vio el rostro pleno, sin polvo, coloretes, pintalabios o pestañas postizas del artista. Parecía repujado a cincel y martillo. Suspendió la lectura y, sin bajar los párpados, continuó observando.

Al cruzarse sus miradas, la de él/ella enviaba una luz tan insinuante y a la vez ardiente que le provocó un desmayamiento. Acto seguido, él, ofuscado, se puso de pie con un movimiento brusco para tumbarlo/a boca abajo sobre el tapete persa. Lo acontecido después fue repentino, pero sin rudeza. Ella/él se dejó llevar con una sonrisa serena. Él se sintió bien con él/ella. Nunca se preguntaron los nombres; para él, era Madame Butterfly. No se dijeron palabras por decirlas, de aquellas triviales que agravan el silencio. Y hablaron y hablaron, libres de urgencias o propósitos.

Al día siguiente, él regresó de un viaje astral. Entre la extrañeza y el asombro se afianzó en la idea de que Madame Butterfly había sido una aparición. Miró a su alrededor y,

sin emitir ningún ruido, se vistió. A pasos de cruzar el umbral, una voz desmañada desde un biombo exclamó:

— No te vayas.

Él, de espaldas y sin soltar la mano del picaporte, respondió:

— No puedo quedarme.

— En realidad, no importa, uno es humano y se equivoca —, dijo Madame Butterfly.

— Sabes, todos miramos con atención para ver muestras de aprobación, reconocimiento o amor en las miradas de los demás, y no creo que este error sea aceptado por nadie.

Él/ella lo seguía escuchando, muy atento/a.

— Por otro lado, está mi prometida, y ...

— ¡Basta! —, interrumpió Madame Butterfly — no expliques.

Él/ella reía sin que se le desfigurara su rostro, a pesar de las heridas que se abrían en su corazón. Otra vez volvió a sentir el miedo del comienzo. No obstante, se supo fuerte, ahogó su ingravidez y continuó.

— Deja ya de darte latigazos, el flagelo acaba a cualquiera. No te sientas obligado a nada, tú y yo estamos aquí por voluntad. La carne no ata sino celebra y yo la uso sin desperdicio.

El individuo uno no pudo reprimir su culpa y llamó al artista desviado. Madame Butterfly de un furibundo golpe arrojó el biombo y con voz profunda, semejante a la de un coloso recalcó:

— Desde siempre hemos sido percibidos igual a entes del purgatorio, leprosos en el corazón de la metrópoli, donde sólo los residuos de la sociedad aceptarían vivir. Sí, soy un desviado, pero tú, ¿tú qué eres?

El individuo uno pasó a un bar a tomar licor. Al segundo trago el olor que desprendió la bebida le hizo pensar en lo indómito del destino. Pasó la tercera copa y concluyó que ciertos actos de la vida van ocurriendo a su albedrío, a su extravagancia insensible. Por último, se cuestionó: “¿quizá sea un monstruo de la naturaleza?” Sin dar tiempo a la reflexión, se justificó: “lo único que hice fue dar salida a mi sensualidad”. Terminó su cuarto *cognac*, salió del bar y abandonó la ciudad de la lujuria, para pronto perderse de nuevo entre el tumulto heterosexual, consciente de que la hipocresía es mayor cuanto más numerosa es la gente entre la que nos mezclamos.

Se apresuró, su prometida lo estaría esperando.

Lazy bird

A John Coltrane

Durante una fría y seca madrugada de verano, mi denso sueño fue perturbado por vívidas premoniciones de bellos cuervos los cuales, al graznar su agudo, pero único grito, sus excelsas alas negras-azuladas extendían tan fuera de dimensión que sentía asfixiarme.

Desperté súbitamente, sudoroso y jadeante, siendo imposible por un breve lapso incorporarme de mi frágil litera de madera. Apenas eran las cuatro de la mañana, de acuerdo con el viejo y empolvado reloj triangular con la leyenda dorada *Equinox Hamlet, Carolina del Norte*, pero vi de reojo a través de mis ventanas de coloridos vitrales y la claridad matinal evidenció otra cosa; así fue, pues no se entregaba el periódico local hasta las seis de la mañana con una puntualidad bárbara.

Al punto, un negro mozuelo en bicicleta, a quien observaba al ventanear, arrojó con tal fuerza el diario dominical *Impressions*, de Birmingham, Alabama, que, al golpear la puerta laminada, su estruendoso sonido cortó de sopetón mis continuos bostezos. Abrí la puerta tan pronto como fue posible para decirle unas cuantas malas palabras al granuja, pero éste ya había doblado hacia la calle Central Park West.

De vuelta en casa, entré en la pequeña cocina de gruesa alfombra derruida que le fascina a Trane, en cuyo grasiento lugar, entre platos sucios, *speed* o un buen *reefer* compuso grandes piezas: *Cousin Mary*, *Blue Train*, *Moment's Notice* o *Chasin' Another Trane*.

Me preparé una achicoria aromática e hirviente para medrar la jaqueca producto del *canned heat* que Morgan nos ofreció a Hancock, Rollins y a mí, al término de nuestra primera audiencia en el famoso Village Vanguard de la calle Naima, esquina con avenida Locomotion en Tupelo, Memphis, acompañando al maestro Muddy “Mississippi” Waters y sus Giant Steps Blues and Jazz Band.

Reposé mi fatigado cuerpo sobre los algodónados cojines en la mecedora de mimbre que da al luminoso pasillo, y leí como de costumbre la crónica de Paul Chambers, con fecha del 23 de septiembre. En su titular, con enormes letras en negrillas y en mayúsculas, se leía: “HA MUERTO EL CUERVO DEL JAZZ”.

Caín

*¿Por qué lo vi?
¿Por qué mis ojos hicieron de mí un culpable?
¿Por qué descubrió una falta la imprudencia mía?
Ovidio*

“**N**oviembre, 1947. En las grutas de Qumrán, fueron encontrados por un pastor beduino, los rollos del Mar Muerto; los manuscritos bíblicos existentes más antiguos” (BBC Mundo).

“Expulsado, con la marca en el cuerpo y ahora fugitivo soy de la tierra de mis progenitores, el Edén, no por ultimar a mi hermano el pastor, sino por lo que revelé” (Primer libro de Caín III: XV).

— Dios mío, ¿por qué rechazas mis sacrificios y favoreces los de Abel? Es quizá indigno el producto sembrado con el sudor de mi frente. Aceptas jubiloso la ofrenda del cordero, pues el humo emana blanco y recto, pero mis espigas de trigo las rechazas, por tanto, el humo es gris y se alza ondulante. ¿Acaso nada sucedió y tengo que inventar recuerdos, dejar entre cenizas lo que ya vi y, al parecer, tú ignoras?

Caín musitó entre sollozos.

—Abel, ven rápido, la tormenta invernal se acerca. Trae mi azadón y vayamos al campo a segar la mies.

Abel obedeció y pronto tomamos rumbo por la vereda, hasta llegar a los trigales. Durante el recorrido, Abel bromeó, pero al notarme perturbado prefirió mantenerse en silencio.

— Yo he visto, y quien ha contemplado aquello cesa de pensar y de sentir —, externé en silencio.

Con ahínco trabajamos durante la mañana y, ya próximos a concluir la faena, decidí ir al huerto para desenterrar los tubérculos que ofrecería a Dios. Cuando pretendía meter los frutos dentro de la cesta, una serpiente salió del interior. Seducido por el cascabeleo de su cola, seguí al ofidio a través de un angosto sendero, en cuyas profundidades se apreciaba una loma donde había un árbol sin hojas. Me animé a subir y, una vez en la copa, vi impresionado cómo al amparo de las ramas secas de la encina el cadáver de un burro era devorado por los buitres.

Cuando viré para mirar de nuevo a la víbora, observé cómo una columna se levantaba, invulnerable, por los aires, confundiéndose con las nubes. Sentí envidia. Arrojé rocas hacia los despojos del animal para espantar a la rapiña y, una vez libre de ellas, tomé su quijada. Regresé sigiloso donde se había levantado la pira y, mientras mi hermano oraba, me planté tras de él y le propiné un único golpe capaz de cubrir el entorno de flores rojas.

Caín lloró la muerte de su hermano al verlo con el cráneo desecho, y se desconsoló aún más al no poder evitar el festín de las aves previamente espantadas. Alzó la quijada a modo de triunfo y santiguó en el nombre de Dios.

Regresé a casa sin nada, enarbolando únicamente el arma homicida. Miré a mi madre, arrojé frente a ella la quijada sangrante y le dije que su falta había sido eliminada.

Ella, altiva, respondió:

—Ve a contar que me has visto concupiscente, si es que puedes hacerlo. Yo consiento, mas nadie te creerá.

Después, al notar la ausencia de Abel, se arrojó al suelo y rogó que mis palabras fuesen aparentes.

—Sólo te faltaba, adúltera, que fueras fecunda y con tu parto se produjera el ultraje de mi padre y la vergüenza de esta casa —, repliqué con amargura.

Mi padre salió al encuentro ante el alboroto y, antes de cualquier cosa, lo encaré.

—Padre, poseo algo urgente que confesar. ¿Recuerdas a aquel advenedizo que vivió entre nosotros? Pues él es el progenitor de Abel, a quien ya he dado muerte.

—Calla tu boca viperina si no quieres ser reprendido.

—¿Por qué he de silenciar la verdad que me sofoca como planta trepadora, si es cierto lo dicho? Salí un día con mi azadón y, al primer intento para remover la tierra, se reventó el mango. Regresé a casa para reparar mi instrumento de labranza y escuché jadeos procedentes de una habitación. Intrigado, caminé con sutileza en esa dirección hasta observar a mi madre, como siempre, cubierta de lana blanca, con un amplio corte en la espalda que dejaba ver sus hombros encantadores, postrada en cuatro puntos ayuntándose con el forastero.

El padre, en cólera, confrontó a la madre, pero ésta negó la acusación, y él, cegado por el gran amor que sentía por ella y su hijo muerto, brindó todo el crédito a su mujer. A Caín, por sus actos, lo aborreció.

—Caín, con vileza has mancillado el honor de esta casa y tú mismo te condenas a morir. La sangre derramada de Abel reclama venganza.

—Padre, ¿crees como un insensato lo que profiere tu mujer y te vanaglorias, igual que Dios, de un hijo ilegítimo? ¿Qué es de ti, ignorante de la ley? La mujer, como el hombre en adulterio, deberá fenecer sin remisión y, por ende, el producto.

El padre, con suma aflicción, escupió el suelo que pisaba su hijo, dio media vuelta con el rostro compungido, miró al piso y caminó tambaleándose hasta desaparecer en el horizonte.

Se me condujo al encierro y, desde la ventanilla, pude observar cómo los niños preparaban montículos con piedras de filosos bordes. “Qué poca consideración ha tenido mi valor. He acarreado la cólera de mi gente. Hubiese preferido ignorar el adulterio para que mi hermano viviera”. Mientras reflexionaba, mi madre se presentó en la celda.

—Madre, para obtener más dolor, yo, tan franco, tan altivo, hube callado, y ahora me avergüenza que este ultraje haya podido proferirse sin poder ser desmentido. Pero tú, si es irrefutable que tengo un destino divino, dame una prueba de mi gran linaje y afirma el derecho de hacer lo que hice.

Dicho esto, eché los brazos al cuello de mi madre y le supliqué por mi cabeza.

La madre, conmovida por los ruegos del hijo, pidió desconocer la Ley de Sangre y permitir a Caín vagar por la tierra. Nadie prestó atención.

La noche se impuso al crepúsculo y la plaza se encendió con una enorme farola. Al día siguiente, desperté sobresaltado. Docenas de tambores resonaron, así como las flautas. La mirra y el azafrán se prendieron, inhalé su per-

fume y me llené de ánimo. Los danzantes pararon sus movimientos, se despojaron de sus mantas y la gente se arremolinó alrededor de los montículos de piedras. Había llegado el momento.

Con rapidez, se excavó un hueco lo suficientemente profundo para meterme hasta la cintura y, una vez tapado, inició la lluvia de piedras. Cuando estaba a punto de ser ultimado, mi madre se interpuso entre los victimarios y, aun sufriendo el suplicio, demandó perdón. Quedé inmóvil, con el rostro impasible, semejante a una estatua tallada en la tierra del éxodo.

El consejo de ancianos determinó el destierro para Caín. Pena grave, aunque harto más suave en sus efectos que la compañía de gladiadores.

Fui juzgado con benignidad y condenado a errar por el desierto. Antes de partir, con la presión auestas, asentí mecánicamente, como despidiéndome del espacio, testigo de mis pensamientos.

Mi madre se acercó a mi rostro y me besó la mejilla:
—Anda, hijo mío, ve y sé el germen de un pueblo futuro. Yo te perdono.

Tras escuchar sus palabras de aliento, salí presuroso y alcancé con la mente la comarca de Nod. Atravesé el Edén e impaciente caminé hacia el lugar donde fundaría una nación. Durante ese día aciago, una hoguera lejana se alzó en el corazón del desierto. Mientras andaba en esa dirección, me repetí sin cesar: “fui expulsado, sin luna como guía, ni siquiera luciérnagas que den luz a mi vista, en tinieblas. Pero yo sé que algún día regresaré, absuelto, a mi hogar, de donde mana leche y miel”.

Una vez que Caín abandonó su casa, un viento recio y abrasador se sintió en el Edén. Dios, aún molesto con él, tocó el cuerpo de Caín con lluvia y quedó la piel etíope como advertencia del castigo divino. Y así caminó Caín, errante, sin avergonzarse de la marca divina.

Esta noche, corazón

*Sin la presencia
de lo perverso
no hay erotismo.
Manuel Oseguera*

El departamento está oscuro y mal oliente, la mujer con la cabeza llena de nudos. El repulsivo hedor a cochambre de Sandra envuelve. Me sumerjo entre sus piernas como queriendo introducir todo el rostro y succiono sus acuosos labios. Un zumbido ensordecedor golpea, son las moscas. Sandra me deja solo, para mirarla e inventar a gusto. Tras quitarse el gastado vestido, vuelve despacio. Termino y huyo, escapo de lo pútrido.

Regresé a ella, pero ahora existía el nuevo plan, deseaba compartir con otros la tentación de poseer testigos. En esa ocasión empujé a Sandra contra el diván, la puse de espaldas, le alcé la falda y arranqué las bragas de un jalón. Aunque nunca quiso ser penetrada por el culo, ella lo esperaba, porque se abandonó sin luchar, con quejidos muy semejantes a la verdad. Sandra profirió palabras soeces por cada caderazo que le propiné. Los espectadores, separados de nosotros por las cortinas transparentes, miraban extasiados con el inconsciente deseo de irrumpir.

La sesión con Sandra terminó en una cantina enfrente de su departamento. A la hora de despedirnos, el invitado principal, el senador M., dijo:

—Se tiene que repetir; no obstante, esta vez elijo yo. Te enviaré a la amiga de mi hija, se llama Leonora y ansío su desfloración. Es menor de edad, pero sabrás persuadirla.

La idea era cercana a lo sorprendente, casi desagradable, abyecta, cavilé.

— Respecto a eso..., habré de pensarlo. Ya lo hablaremos después —, respondí con desconcierto y veloz, antes de una posible réplica.

No sé por qué había aceptado la proposición del senador M., pero luego de unas horas de trampas y engaños prudentes, bastó el primer encuentro para desnudar a Leonora y ordenarle posiciones caprichosas. Ella gemía antes de que siquiera la tocara y, mientras abría las piernas, supuse el olor a guanábana de la muchacha obligándome a echarme encima de la zarza llameante de su sexo hasta desaparecer. No hubo fisgones en ese momento, ni en ningún otro.

Con el paso del tiempo, nuestros encuentros persistieron, hasta que el determinismo lo juzgó inconveniente y ordenó que marcháramos por sendas diferentes. Leonora resultó conocida de mi hija María Esther, y también alumna en el colegio en donde mi esposa impartía clases de introducción al arte moderno.

Una tarde, arribé a casa y un aroma conocido a sándalo con un dejo de guanábana me provocó una sensación placentera, de deseo. Entré justo cuando Leonora salía de la cocina mientras mi hija compartía con su característica dicha:

— ¡Padre, te quiero presentar a mi amiga!

Absorto, giré y salí de ahí, entretanto, gritaba:

— Olvidé algunos papeles de importancia en la oficina, ya regreso.

Externé al senador M. mi preocupación y las posibilidades del escarnio público en contra de mi familia, conformado por ese parloteo incesante de abortos y promiscuidades, verdaderos o no. Él, contundente, expresó:

— No se ahogue en una cuba. Lo significativo no es cuánto pueden llegar a presentir su esposa e hija, lo asombroso debe ser cuánto aceptan sospechar, la dosis exacta les permitirá no reconocerse como tontas y cornudas, en el caso de su esposa, claro. Ah, y para nada comprometa su carrera, sus vínculos sociales, y, sobre cualquier cosa, a ellas.

Indiferente a los consejos del senador M., confié en mis meditaciones y, por más que deseé continuar mi romance con Leonora, decidí terminar nuestro amorío por la integridad mutua.

Le había comprado un regalo para así mitigar el anuncio del rompimiento, ¿qué tan ingenuo se puede llegar a ser? Ella se turbó al escucharme, empezaban a caerle las lágrimas cuando juró dejarlo todo para ser prudente y permitirme actuar con total libertad.

¡Vaya contrariedad! Pronto vino a mi mente cuando recién iniciamos nuestros encuentros furtivos y sentenciaba con absoluta seriedad: “si andas conmigo no saldrás con nadie más”. En aquel entonces di mi palabra y quedó tranquila. Y en verdad así lo cumplí, a pesar de haber estado acostumbrado por mucho tiempo a involucrarme con amantes cada vez más indecentes y baratas, para mi deleite y el del grupo de observadores, quienes no dejaban de exigir degradantes eventos.

Le busqué los ojos, inocentes, pero no quisieron mirarme; sin embargo, la repentina voz semejante a un llanto no podía mentirme. No fue necesario insistir. Se enderezó de pronto, altiva, y me besó la frente, encogió los hombros y me observó con una sonrisa tan triste y asom-

brada. Había rematado y deseé en ese instante no haberla seducido nunca.

Sin ninguna posibilidad de arrepentimiento, Leonora abandonó la sala sin hacer ruido, llevando a cuestas el regalo que le había obsequiado. Como yo estaba enloquecido por ella, pude recordarla por las mañanas, con sus pezones rígidos por el frío, inmaculada y en espera de humedecerla con mis dedos ensalivados. Incapaz de quererla tal y como ella había imaginado el amor.

En ese último encuentro le permití quedarse en la habitación de huéspedes. A la mañana siguiente, inanimado por el insomnio, la encontré muerta sobre la cama. En su posición favorita, boca arriba, con el rostro invisible por la almohada y las piernas ligeramente separadas. Silbé para amortiguar la atroz sorpresa y me fui doblegando hasta quedar en cuclillas, a su lado, encima también del charco movedizo.

Bastó una hoja de afeitar para desangrarse. Parecía feliz y en paz, similar a un recién nacido, apenas muerta, vistiendo el camión de tono rubí que le había regalado la noche anterior. Entonces, recordé aquella víspera de año nuevo, envuelto en una gran mentira, pues para hacerla sentirse feliz me había comprometido con ella; falsa creencia de la comunión eterna. La sola evocación bastó para sentir la miseria del ser.

Mi única ocurrencia fue despedirla con una canción de Benny Moré, *Fiebre de ti*, su pieza favorita, a pesar de su corta edad, y telefoneé al senador M., él sabría cómo resolver lo que cobardemente yo no podía.

Durante la espera, sostuve el brazo de Leonora, siempre tan pálido que ahora parecía descansar. Al sentir arder la congoja en mi alma, preparé un vodka mule que bebí con lentitud. A continuación, medité por un rato y concluí que,

de haber sabido con anterioridad la fatalidad acechante, aun así, volvería a involucrarme con ella, aunque las sombras me envolviesen.

Había dejado la puerta de la recámara entreabierta, por lo que fui sorprendido con la llegada del senador M., quien se veía sin dejo de perplejidad, tampoco miraba los duros pechos de Leonora.

— ¿Qué pasó anoche? — dijo riendo.

— ¿Anoche? —, parecía no entender, vacilaba.

— ¡Hábleme! —, insistió con calma

— De verdad quiere saber? esta vez no hay nada para usted —, respondí con aspereza.

“No hay ninguna explicación comprensible para los imbéciles”, pensé.

— ¿Por qué no le dio dinero para alejarla de su vida? —, siempre sonriendo.

Nada más de escucharlo me dieron ganas de acabarlo a golpes. Apreté los puños y a punto de abatirlo, reaccionó.

— No importa, todo se puede solucionar —, vaciló y dejó de sonreír, ya no hablaba.

— Es verdad, aunque sin garantías de una felicidad futura —, alcancé a decir.

El arreglo no resultó mejor que la desgracia. Quizá fue entonces cuando comprendí la mala raza de los hombres.

Al recuerdo le he dado vueltas hasta gastarlo. Los hechos habían sido o eran así, de tal manera, o acaso fueran de otra, aunque cada persona involucrada pudiera dar una versión distinta. Yo, en definitiva, no sólo no podía ser compadecido, sino que ni siquiera resulté creíble.

Entonces, todos te vieron bailar

*Dejó ocho huérfanos y lo mató por celos
el zapatero, amante de la señora que
vende tamales en el callejón.*

José Emilia Pacheco

*Hey Joe, I said where you goin'
with that gun in your hand,
I'm goin' down to shoot my old lady
You know I caught her messin' 'round with another man.*

Jimi Hendrix

Soy Juan Arbeláez y nací un domingo de luna nueva. Mi madre me parió en el monte, con la ayuda de una hierbera. Mi padre se desmayó durante el alumbramiento y cuando despertó se largó a la cantina.

Desde aquel momento, cada domingo, mamá me enviaba a la misa matutina para expiar mis culpas: “no vayas a salir igual al cabrón de tu padre”, decía con un tono inflexivo. Recuerdo una homilía en particular, pues fue cuando conocí al mendigo Joe. No cesaba de llover y no pude escaparme del servicio religioso, así que, guarecido dentro de la iglesia, esperé a que pasara la bandeja de los tributos para hacerme de una moneda, tras simular la entrega de una dádiva al golpear la base metálica. Tan pronto terminó la misa, también lo hizo la lluvia. Pedí perdón con fervor por mis pecados frente a la figura del negro milagroso y me dispuse a ir a la tienda a gozar del botín. Justo ante de cruzar la calle, escuché una voz gutural procedente de un lugar lejano:

— Niño, no amases dinero como hacen los miserables y ayuda a tu semejante, pues quien comparte se da a sí mismo.

Por un momento creí que San Martín de Porres se había materializado para reclamar el diezmo. Aunque volteeé espantado, pronto recuperé la calma al ver a un individuo helado hasta los huesos y titiritando, a quien le escurría agua del cuerpo entero. Las enseñanzas del catecismo hicieron su trabajo y por caridad le extendí la moneda del hurto. A partir de entonces, todos los domingos después de misa me reunía con el mendigo Joe, al terminar la charla le entregaba unas monedas que, tras recibirlas, mascullaba:

— La tripa es ingrata y no recuerda favores pasados.

El mendigo Joe y su esposa Eloísa vivían en donde termina el camino del puente de tablas, en una casa de color rojo. Aunque nunca conocí a Eloísa, en el pueblo se corría el rumor de que ella engañaba a su marido con el zapatero. El mendigo Joe alguna vez comentó que no era partícipe del cotilleo: “el chisme desencadena la ira, niño”.

Un Domingo de Ramos, la fuerte lluvia de la madrugada había cedido, por lo que me dirigí a la iglesia al amanecer. Al término de la misa no vi al mendigo por ninguna parte. De regreso a casa, me vi obligado a hacerlo por otro camino pues la calle principal estaba anegada.

Durante mi trayecto, pasé junto al taller del zapatero y no pude evitar acordarme de los rumores de adulterio. Al poco rato, vi a una mujer entrar al taller del zapatero cerrando tras de sí la puerta. Me quedé allí intrigado. Luego llegó otra mujer, a quien tampoco conocía, con escoba en mano. Franqueó el establecimiento e inmediatamente el zapatero salió en trusas como un desaforado y la mujer tras de él, envuelta en una sábana y sujeta de las greñas por la mujer de la escoba. El evento se esparció a manera de

pólvora por la comunidad. Ya me lo había dicho el mendigo Joe: “pueblo chico, infierno grande”.

Ese mismo domingo por la tarde, mi madre me mandó a la cantina para buscar a mi padre y, justo cuando estaba por entrar, el mendigo Joe salió de allí sosteniendo una pistola. Corrí tras de él para preguntarle qué pasaba. Al ceñirle la mano, el mendigo Joe paró en seco su marcha y, sin voltear, dijo:

— La traición galopa bajo la piel y fustiga el viento. Ahora quiero ofrendar este ardor a alguien.

Regresé a la cantina y rogué a mi padre para ir a la casa del mendigo Joe y contener su ira.

— Ojalá en realidad fuese tan tonto como tú crees.

Eloísa palideció al ver la pistola encañonándole el rostro. Ella pretendió hablar, pero pronto Joe la golpeó en la cara con la culata niquelada y, una vez en el suelo, le dio un solo disparo, alojándosele en el corazón. El estruendo de la detonación sonó similar a un crujido destemplado y exponencial. Joe dejó a Eloísa tendida mientras un rojo río brotaba hasta formar un charco. Joe permaneció allí, ensimismado, mientras su mente le hacía recordar cuando se enamoró de Eloísa.

Un coche atravesó el puente de tablas, se detuvo ante la casa roja y descendieron Juan y su papá. Tocaron a la puerta. Joe oyó el golpeteo y sintió como si el cielo se hubiese desplomado sobre su cabeza. Joe todavía empuñaba la escuadra 9 mm en su mano izquierda y, cuando volvió de su marasmo, vio cómo la tela de su camisa se teñía con rapidez de un tono bermejo. De su mano temblorosa cayó el arma. Joe se tambaleó, a tumbos corrió hacia la cerca trasera y desapareció.

Joe sentía que ahora cruzaba un abismo sobre una cuerda floja. Sin esperarlo, le sorprendió el final de la tarde

dentro de la cantina y pidió una última ronda. Antes de abandonar el garito, miró su reflejo en un espejo. No pudo evitar sonreír, estaba desgredado y la nariz le chorreaba semejante a un grifo. Casi al instante, el ulular masivo de las patrullas resonó parecido a un puñetazo en el estómago. Llegaban de prisa refuerzos de otros municipios con el alarido persecutor, y los curiosos se habían arremolinado en los alrededores de la cantina. Fue ese momento la última ocasión que se supo del mendigo Joe. Tenía la mirada alegre y la cara iluminada. Entonces, todos le vieron bailar.

Schack

*El ajedrez no es como la vida...
Es la vida. Justo como el teatro.
Fernando Arrabal*

A Robert Fischer

Seguido me veía ante mi contrincante observando el tablero. Yo jugaba con las piezas negras, aunque siempre opté por las blancas. Sus movimientos daban prueba de un arte tan exacto, igual al del músico o el del pintor, donde todo cambia, los colores, las densidades, hasta el ritmo del aliento, y donde nos encontramos con la muerte o lo divino. Cuando a punto estuve de acometer el ansiado jaque mate, escuché a alguien llamarme con insistencia. En momentos cuando mis alucinaciones me perdían, era la voz de Inger quien con su ternura me rescataba de... entre las penumbras; aquel extraviado lugar, llamado caos.

Arribé a Passau para participar en el campeonato del mundo del ajedrez, el “*match* del siglo”, y de inmediato sentí mi renacer. La ciudad de los tres ríos me acogió en su cauce. Mis sueños deshilachados junto a lo que había creído merecer fluían en esas aguas. Me maravillé, su belleza dependía tan poco de los recuerdos, ya fueran míos o históricos; la ciudad parecía renacer cada mañana. Todavía, cuando nostálgicamente vuelvo el rostro, puedo observar algunas de las viejas tabernas a donde concurrí en mi adolescencia, en estado de embriaguez, donde me atraieron con su lindura desposeída los vicios carnales.

Esta vez me instalé en casa de Emanuek Lasker, iniciado como yo en el ajedrez, aunque él instruido por su padre, quien lo fogueó al llevarlo a los cafés donde ganaba dinero apostando en sus partidas. El estilo Lasker es enojosamente seco, aun así vale la pena verlo y dejar asentado en los hechos sus grandiosos gambitos. Entre sus movimientos se olfatea la hilera de tardes donde, atado de la cintura por el lazo ceñido por su progenitor, el padre se bebía en cerveza de trigo las monedas ganadas, mientras el hijo con furia mordía hasta al más audaz contrincante.

Sentado ante el tablero, en una exhibición en un club de ajedrecistas, me han tocado las piezas negras, recurrentes en mis pesadillas. A lo lejos veo a un grupo de estudiantes y pienso en el camino recorrido por la intimidad de otras épocas. De repente, siento unos dedos descansar en mi hombro, me extienden la portada de un libro de ajedrez, Juicio y planteamiento de Max Euwe, y me piden un autógrafo. La mujer es hermosa, aunque aún adolescente. No sé si sea prudente invitarla a coger. Firmo el libro y se retira. Mi contrincante, Garry Kasparov, se impacienta. Percibo en esos ojos capaces de divisar el fondo del alma, la urgencia por expresarse en el juego. Bruscamente, él se halló en medio de un inmenso campo de batalla, donde había que hacer frente en todas direcciones. Gano la partida con el desarrollo de la defensa holandesa, eminentemente agresiva. No soporto el engreimiento de los grandes maestros rusos, como al bebedor de Sibirskaya, Alexander Alékhine. Ligero, me retiro de allí, la mujer del autógrafo me guiña el ojo.

Kasparov seguía sentado, alta la cabeza, girándole los ojos similares a constelaciones desorbitadas en el universo del tablero. Al día siguiente, después de saborear las sutilezas de la joven, deambulo por las calles y me doy cuenta de las pequeñeces del entorno y cómo éstas ensalzan al

espíritu. Passau y sus caudales de colores tan contrastantes hacen que me acuerde de nuevo de ese joven impetuoso que alguna vez fui. Un híbrido de posibilidades, pero, sobre cualquier cosa, un ajedrecista capaz de desarrollar su talento jugando partidas por correspondencia.

Mucho leí durante aquel periodo, con frenesí, casi con furor, principalmente los volúmenes de tapa azul y amarilla de la edición sueca *Bokförlaget*, con el retrato del ajedrecista en un óvalo: Botwinnik, Marshall o Tarrasch. Y tampoco faltaba *Mi sistema*, de Aaron Nimzowitsch, esa especie de biblia del ajedrez sobre el tratamiento de las cadenas de peones.

De todos los ajedrecistas de antaño, José Raúl Capablanca, “la Máquina del ajedrez”, fue quien más me atrajo; estimaba ese estilo oscuro y denso con los caballos, las aperturas amplias y a la vez condensadas al máximo. Sin duda, la vida es parecida a la pieza del caballo a cuyos movimientos nos plegamos, pero sólo después de haberlos dominado.

En una exhibición de simultáneas, un personaje raro, llamado Ludek Pachman, me impacientaba cada vez que pasaba por su mesa, por su suficiencia de corto alcance, su negativa a aplicar nuevos métodos, su obstinación en argüir interminablemente sobre detalles inútiles. Siendo él el último contrincante, aquel imbécil me irritó deslumbrándome, idéntico a cuchillas tajando el alba con sus dientes chirriantes que rechinan, rechinan y rechinan. Alcé la mano para revirarle una bofetada, pero al sentirme observado me contuve y decidí acabarlo en el juego. Mi seguridad era similar a la de la torre a quien un talismán protege de las caídas.

De pronto, su peón se coronó. La reina, majestuosa e importante, sin duda, empero no siempre poderosa, concentró su fuerza para saltar sobre el alfil desarmado. Yo ha-

bía previsto el riesgo y, por fortuna, el caballo de izquierda no se movió; nuestras cabalgaduras habían sido admirablemente adiestradas para esos juegos. Interpuse mi caballo, exponiendo el flanco derecho. Estaba habituado a tales ejercicios y no me resultó difícil rematar a la bestia herida ya de muerte.

Aquel hombre, se negaba a abandonar la partida.

Sí, verdad es, por momentos llegué a la pedantería. En una ocasión, me aproximé a un contrincante apodado el “Brujo de Riga”; entre nosotros no existía el menor afecto, en una época se había burlado de mis torpes trabajos de aficionado en la utilización de estrategias del medio juego. Le susurré en el oído que la hierba le crecería en la boca antes de cumplirse en la tierra la victoria anhelada: “pues aquí el verdadero mago soy yo”. Por supuesto, su rostro se descompuso con la misma rapidez con la que se había iluminado. “La ineptitud del genio es difícil de soportar, pero la torpeza de la mediocridad es intolerable”, dije en mis adentros.

He de confesar que, tiempo después, leí su excelente tesina, del interés literario más general, que versaba sobre la sátira en la novela *Las doce sillas*. En el borde del escrito aún se lee, incompleta, una firma considerada de Mijaíl Tal. Me di cuenta muy pronto de haber leído la vida de un gran hombre, no en el estrecho y angustioso territorio de su propio yo, ni el abstracto dominio de la colectividad, sino esa tierra intermedia en donde suele acontecer el amor, la amistad, la comprensión y la piedad.

Días previos al Gran torneo ajedrecístico, me encontraron en el fondo del jardín botánico de Linz, divagando bajo las estrellas en una jerga bárbara; parecía llamar al ganado a manera de un grito *Kulning* de mi nueva tierra. Los médicos no pudieron constatar síntomas de enfermedad mental, pero sí breves trastornos en el funcionamiento de

la personalidad. Aunque no se volvió a tocar el tema, estoy seguro que, sin saberlo, uno se embarca hacia tierras lejanas, indaga la naturaleza y busca a Dios, para así ser capaz de comprender la muerte.

Lo más importante llegó: el claro triunfo en el torneo de Passau, jugando a doble vuelta con la presencia de casi toda la élite del ajedrez mundial. Me impuse con 16 puntos de 20, superando por punto y medio a Wilhelm Steinitz, curioso personaje que hubiera interesado a la pareja de escritores suecos Maj Sjöwall y Per Wahlöo, y por 4 a Paul Keres, un ser insignificante con mucho de suerte. Su juego consistía en vibrantes ocurrencias, ingeniosas combinaciones y en una iniciativa persistente. En tanto siga siendo popular el ajedrez, siempre continuará habiendo gente exacta a él.

“Tengo la desventaja de querer ganar siempre; no obstante, un buen jugador prefiere una interesante partida a una victoria”, qué hipócrita soné al recibir el cuantioso premio de manos del presidente de la Federación Internacional de Ajedrez.

Mi siguiente destino fue un encuentro amistoso contra un antiguo adversario: el introvertido Richard Reti, en Sveti Stefan, por el simple placer de jugar con alguien de nivel; aunque esa decisión me trajo muchos dolores de cabeza, pues las autoridades de mi país de origen me habían prohibido acudir a ese encuentro, a razón de algunas tensiones internacionales entre los dos países.

Por mucho tiempo fui aprovechado al máximo, convertido en un engranaje más de la gran maquinaria de propaganda política en los torneos de ajedrez en los que participé, incluyendo este último; así que, harto de la presión y con total convicción, los mandé a la mierda ante las cámaras, tras escupir sobre la carta del gobierno que me conminaba a desistir de jugar. No me arrepentí de la decisión

tomada y menos cuando recuerdo que me cogí, similar a un saqueador turco, según la leyenda, con un intenso pero fugaz éxtasis, a una guapa montenegrina en pleno fuerte cerca de la costa adriática, y aspirando el aroma de los ochocientos olivos allí sembrados.

Sobre el resultado del juego no comentaré nada, ese fue el acuerdo decidido por los ahí presentes. Por parte de Reti, ya lo dije antes, el tipo hablaba lo necesario y, de ser posible, nada. En lo que a mí concierne, tengo permitido decir lo siguiente: fueron dos partidas, una por semana, en ambas me tocaron las negras. En el primer match, Reti utilizó una apertura central, poco usada, por la prematura salida de la Dama; además, envuelve una pérdida de tiempo. Yo utilicé la defensa Caro-Kann, una de las más calmosas tácticas en el dispositivo de las negras. El siguiente juego, fue interrumpido en varias ocasiones por la inclemencia del tiempo. En la partida, Reti insistió en utilizar la misma apertura, por mi parte adopté esa compleja pero fascinante defensa siciliana.

A mi salida del istmo fui detenido en el aeropuerto Podgorica, en Montenegro, por intentar utilizar un pasaporte revocado; fui liberado una semana después y autorizado a viajar a Suecia, país que acababa de concederme la nacionalidad, a pesar del malestar que ello generó en las autoridades de mi país materno, pues reclamaban que debía ser extraditado para ser juzgado por rebelarme contra el orden y todo el espíritu de la sociedad occidental. ¡Que se jodan!

Cuando recién regresé a Estocolmo, en una noche glacial, una pesadez me asfixiaba y el menor gesto se convertía en una fatiga; sin duda era un hombre absorto en los rumores de su propia agonía. Por un momento volvió el vigor a mi cuerpo y deseé retozar con una aeromoza que lisonjea-

ba mi triunfo en Passua, pero, creo ya haberlo mencionado, me sentía anímicamente cansado; por otra parte, pensé que únicamente dos asuntos importantes me esperaban. Uno era mi esposa, la otra era mi muerte, que sólo a mí concernía.

Aquella noche abordé el tren con destino a Lund y al arribar por la madrugada sentí mi corazón desfallecer, pero se serenó en el momento de recibir de manos de Inger un reconfortante abrazo. Ella rápido notó mi decaimiento. En el hogar, me animaba recordándome los múltiples torneos y mi honorable actuación en todos ellos. Aquellas jugadas, casi olvidadas, me devolvían poco a poco la confianza en la inmortalidad; sin embargo, esos momentos de triunfo no causaban reacción alguna a mi ánimo. No me sentía descansado, por el contrario, un poco más taciturno, quizá más sombrío; malhumorado... me hundía más.

Su rostro torturado parecía aún más flaco bajo la corta barba que le cubría las mejillas.

Una noche de tormenta, sumido en un ensueño de sonámbulo, me veía ante mi contrincante observando el tablero. Yo jugaba con las fichas blancas, por fin. Esta vez no hubo llamada de rescate.

He aquí que has entregado tu vida, y la inmolaste antes de que llegara a su fin la partida, y tú, poseyendo las blancas.

Danzas eslavas

*Venía otro puente de piedra blanca, y
Valentina se detuvo en lo alto del arco,
apoyándose en el pretil, mirando hacia
el interior de la ciudad.*

Julio Cortázar

A Václav Havel

Siempre quise conocer Praga. En un inicio fue a razón de la muerte del abuelo. Omnipotente, escudriñaba su recámara llena de secretos, a medio camino entre lo póstumo y el olvido, hasta encontrar un sobre desgastado que llamó mi atención por la procedencia de la estampilla postal: “Československo, Praga”, se leía. Y la fecha de envío, ilegible, adornada con una pintura en cálidos matices entre azules y blancos de la Catedral de St. Vitus. Sin embargo, lo que más captó mi interés fue la ausencia del remitente. Con una curiosidad muy explicable en mi temperamento aventurero, me atreví a sacar el contenido. Prácticamente, en una servilleta había una breve anotación manuscrita:

Tus labios impacientes degustaban aquel último sorbo en el Kavárna Slavia. Fijaste tu concentración en el remanso del Vltava para inspirarte y elaborar una sola frase capaz de decirme adiós. Cuando llegué a la mesa para sentarme a tu lado, en el fondo de la taza pude observar impregnada mi suerte. No dejé que hablaras. Ceñí con calidez tus manos y no te solté sino hasta que finalizó el Impromptu de

Smetana. Me incorporé y, sin volver a mirar tus ojos, desaparecí.

Nunca ahondé con la familia sobre el hallazgo, estaba convencido de la existencia de un vínculo exclusivo entre el abuelo y yo. Empero, nunca dejé de cuestionarme, ¿cómo el abuelo, teniendo de escenario a Praga, inició un romance que por alguna circunstancia se marchitó?

Con el tiempo me dediqué al estudio del piano, especializándome en la obra de Dvorak. Por tal motivo, solicité una beca para estudiar en el Conservatorio de Praga. El recinto musical aceptó mi petición, pero, el mismo día de la notificación, también me enteré que una enfermedad terminal habitaba en mí. Entonces, a comienzos del otoño determiné lanzarme al asalto de la tierra encantada para disfrutar mis últimos momentos en Praga, y descubrir por qué el abuelo se había enamorado en ese lugar.

Pará mí era fácil pensar en la República Checa, su música orquestal era parte de mi formación. Además, mi hermana estudiaba la carrera en Letras Eslavas y, como sabía de mi miramiento hacia Chequia, me prestaba todas las obras narrativas posibles de aquel país. Conquisté con los poemas de Rilke, analicé las obras existencialistas de Kafka y releí los cuentos antisistema de Kundera, entre otros.

Cuando llegué a Praga, en lontananza, un olor a otra batalla del asedio de los husitas al Castillo de Karlstejn me daba la bienvenida. Después, transité hasta el Puente de las Legiones, bordeando en todo momento el río Moldava para sentir su palpitación al ritmo del corazón. Pasé por el Café Slavia, aguardé un buen rato, e imaginé al abuelo, de joven, vestido con su uniforme militar de la Segunda Guerra Mundial, compartiendo mesa con una mujer de singular belleza. Lo divisé jubiloso, recibiendo con los brazos abiertos

a su amada. Entretanto, en un piano de cola ejecutaban con destreza una cuadrilla en si bemol mayor.

Seguí mi trayecto, admirando la arquitectura de la vieja ciudad, donde se entretejen las calles y los edificios, y los restaurantes y los bares, y los teatros se codean con los museos y los comercios con los ministerios, y las estatuas beben de las fuentes, hasta ladear la Biblioteca Nacional para pronto arribar al Puente Mánesuv. Encaramándome, permanecí en su borde, vigilando la lenta ronda de los gatos o, de vez en cuando, adivinar la ubicación de los paisajes que Josef Mánes plasmó en sus lienzos, con la mirada limpia del que describe su entorno como un canto de alabanza.

Supuse a un hombre veraniego dormir en los prados. Su cabeza caía sobre su hombro, sus ojos, sombreados por un amplio sombrero de paja con un lazo rojo, estaban cerrados. Su rostro exponía una barba descuidada, crecida casi por distracción, como la barba de un bohemio.

Sin esperararlo, un dilatado fragor de reverencias cundió. Era el carrillón de la Iglesia de San Clemente que con su armónico repiqueteo caía frío en la epidermis, recordándome cuando el abuelo solía decir tras la resonancia plañidera de alguna sonora campanada: “cuando vayas a Praga, no dejes de visitar el reloj medieval astronómico; una torre tan alta que se pierde entre las nubes: nadie hasta ahora ha visto su cúspide, y presta atención a las imágenes del calendario. Yo me las perdí”.

El cielo, de un tinte sepia surcado por nimbos arremolinados, indicaba la inminente caída de una tempestad, alterando con brusquedad las sombras del horizonte. A pesar de ello, la inquieta ciudad irradiaba esa luz ambarina, eterna, de musas que inspiran a hablar del ayer, del hoy o, en ocasiones, del mañana.

Mientras, erré por sus callejuelas, expurgando cada rincón y cada esquina en busca del hostel para resguardarme. De súbito, advertí sobre mi espina un cosquilleo bien conocido. Sentí la presencia del abuelo. Llegó a pie como un redentor que me apretaba el hombro con dedos casi tímidos, e indicaba el recorrido a través de los alegres mercados itinerantes concurridos por parejas de jóvenes estrujándose frenéticamente, con ese goce que precede a la intimidad. Incluso me condujo a la Plaza de Wenceslao, a una librería de viejo, que por los destellos mortecinos del aparador daba cierto aspecto a una taberna, lugar donde conoció al fantástico Karel Capek y las delicias del pastelillo *trdelník* con su inigualable sabor ahumado.

En tanto, mi cerebro trabajaba sin descanso: “¿Hacia qué lugares me conducirá mi marcha? ¿Qué clase de destino me aguarda?” Todo cedía a una irrealidad de entre sueños llenos de asombro y exquisitez.

La vereda declinó en una ronda empedrada; era, por fin, la senda conducente a las puertas de roble claveteado del hostel. Casi como si corriera, troté por puro impulso una cuesta entre árboles entrelazados de frutas y pájaros con una liviandad perfecta. Atravesé el Jardín Franciscano cubierto de musgo y de hojas que crujían tras mis pasos. Alcé los ojos y vi una edificación cuadrada, con dos terrazas de piedra, era una construcción gótica bastante notable. Suspiré, aliviado.

La puerta estaba entornada. Una muchacha fresca y esbelta, que despedía un olor a lúpulo de fácil adherencia a la ropa, y que había deseado para mí con toda el alma, dejó salir una voz dulcísima, como de *bábovka*, que me daba un cálido y húmedo recibimiento...

Cayó la noche, apareció una luna resplandeciente. Inició la llovizna y se convirtió en una tormenta tan fuerte

que se oía el golpeteo de las gotas en la calle. Relámpagos violáceos estremecían el cielo. Los muros del hostel se iluminaban de pronto y volvían a hundirse en la oscuridad. No importaba. Dentro de mi habitación me arrebujé dentro de la cama y, antes de dormir, supe que pronto le preguntaría al abuelo el motivo por el que no continuó su polca con la mujer esclava.

Fuego cruzado

*No se conciben límites ni reglas
y se busca sólo el triunfo en una
lucha implacable, una victoria brutal.*
Roger Caillois

La cosa empieza por el amor a la camiseta. Te unes a una barra de futbol, después empiezan los problemas. Transita un motociclista del club contrario junto a la barriada en pleno festejo, por el triunfo del equipo, dispara un arma y mata a un compañero. En ese momento quieres venganza y esperas una oportunidad para hacerlo.

El pacto entre Mauricio Funes, líder del Motagua, y los duros de la Ultra Fiel, se rompió tras el artero homicidio del suegro de Funes. El sonido de una detonación anunció por la comarca la muerte de don Gómez Santos, quien fue privado de la vida el mismo aciago día en que la selección hondureña perdiera por primera vez un partido de futbol en contra de El Salvador. Según se cuenta en la colonia que Tino Contreras, dirigente de la Ultra Fiel, fue quien lo ultimó, dizque por una apuesta, aunque nunca se supo.

A pesar de ello, se sabía que la rivalidad entre el Motagua y la Ultra Fiel inició mucho antes, desde cuando Mauricio Funes, siendo un crío, e hincha de la Ultra Fiel, tuvo como padrastro al señor Leyva, presidente de la porra de la misma barra: “mi padrastro me tocaba... no eran caricias, era algo más”. En el momento que Funes no permitió más manoseos y quiso acusarlo con su madre, quien en ese momento lavaba ajeno en las orillas del rio de la Piedad, Leyva

lo siguió y, cuando le dio alcance, lo tomó de la mano derecha y con un machete se la cercenó:

— Pinche chipote... Si andas de chismoso por ahí te cortaré la pinga, cabrón.

Desde entonces, Funes se alejó de todo lo que Leyva representaba.

La hija del finado, Margarita Abril, insistió en interponer una denuncia, pero Funes no la dejó:

— ¿Pará qué, Negra?, no vale la pena. Las cuestiones de las barras se solucionan en casa.

A la semana del sepelio de don Santos, Contreras fue encontrado arrumbado sobre las tribunas del estadio “La Bombonerita”, con dos balazos calibre .38 especial en la cabeza. Ni siquiera los zopilotes se atrevieron a acercarse al cadáver. Esta vez no hubo rumores, pero tampoco se aclaró quién había sido. A partir de ese momento, la batalla de las barras bravas inició.

Durante el breve periodo de desorganización en las filas de la Ultra Fiel, tras el asesinato de Contreras, Francisco Alatorre, alias “*Skinny*”, tomó el mando. “*Skinny*” era un catracho procedente del East Side de Los Ángeles, California. Al poco tiempo de ser deportado por sus vínculos con la Mara Salvatrucha, se convirtió en el cabecilla de la barra.

En los deportivos se rumoraba que estaba loco, pues se sentía el dios del universo. Cuando apaleaba a los contrincantes lo hacía hasta matarlos y eso lo excitaba. Siempre andaba ebrio de cerveza, a quien se le ponía enfrente le reventaba la caguama en la jeta y, después, lo ultimaba con un bate de madera como los que “El Toro” Valenzuela usaba para sacar las bolas del Dodger Stadium. “Aquí yo soy el amo de los cuadrangulares, putos”, decía.

La primera en sufrir las represalias fue la familia del propio Funes. Dos de sus primos, motagüenses de corazón,

fueron interceptados al salir del colegio por la banda de Skinny, quienes comenzaron a golpearlos. Al dejarlos agonizando sobre la banqueta, los secuaces se retiraron no sin antes gritar: “¡quien apoye al Motagua se muere!”.

Tal como son las disposiciones del destino. Honduras declaró la guerra a El Salvador tras perder por segunda ocasión al fútbol y, con ello, no clasificar para asistir a la Copa Mundial. Los Clubes, por lo tanto, tuvieron que alinearse a una causa mayor. Funes y “*Skinny*” pactaron una tregua. En el encuentro, ambos se apretaron las manos y murmuraron una y otra vez: “entre los hinchas de casa nos haremos mierda, pero nada ajeno nos podrá joder”.

Summer of love

Vaya fabulosa añoranza de aquel particular verano, cuando el mundo parecía estar en perenne efervescencia y mi alrededor giraba bajo un embrujo, producto del profundo aroma a incienso y el aleteo de brillantes colores mágicos, como el vuelo en desenfreno de mariposas multicolores, recuerdo de aquella época álgida, alumbrada por un cielo de diamantes cuya bailoteante luminosidad hechizó las mentes de una generación gobernada por el signo de acuario.

El mes de junio se hizo inaugurar con un sol brillante y resplandeciente para todos; para buenos y malos, comunistas o capitalistas, pero, sobre todo, para aquellos chavos de onda: *Human Be-In*. En el contexto internacional, los conflictos bélicos para controlar zonas de influencia entre los dos colosos habían hecho desbordar sus actos de mezquindad en una crisis sin precedente, no más de cuatro años atrás, tomando como peón en esa ocasión a la hermana República de Cuba. Sin embargo, gracias a las veladoras diarias ofrecidas a la Virgen del Cobre y a las interminables plegarias recetadas por la tía Piedad y su séquito de Hermanas de la Vela Perpetua, la entera humanidad se salvó de correr el riesgo de desaparecer.

Probablemente fue a raíz de aquel tenebroso suceso de la Guerra Fría y de la intervención militar estadounidense en Vietnam, que mi hermana y el grupo de “jipitecas” al cual pertenecía decidieron entrar en un nivel superior de conciencia, convirtiéndose en las pioneras en México en unirse al organismo británico antibalístico *Campaign Nu-*

clear Disarmament. A partir de entonces se manifestaban periódicamente frente a la resguardada embajada de los Estados Unidos, vistiendo huipiles oaxaqueños adornados con bordes de motivos coloridos y calzando enormes chancas de suelas de llanta; llevaban sus cabellos sueltos y enmarañados, las caras pintarrajeadas con símbolos de paz, largos collares de pulcros claveles posándose en sus desnudos pechos, e imprecaban desde altavoces: “¡Lo único necesario es dar amor!”, “¡haz el amor no la guerra!” o cosas aún más llegadoras: “¡unas manos hurgando tus miembros es más moral y divertido que un dedo activando el gatillo!”.

Pobre viejo, cuántas canas no le habrá sacado su primogénita luego de tantas veces que fue a rescatarla de los separos ministeriales, acusada de disturbios en la vía pública, faltas a la moral y disolución social. Hasta que llegó el día funesto en que María terminó presa por un breve lapso en el Palacio Negro, la cárcel de Lecumberri. Debido a la preocupación sufrida, papá murió de un paro respiratorio una semana después. Sin embargo, aquella fuerte lección no obligaría a mi hermana a doblegarse en la defensa de sus principios. Recuerdo aún la resonancia de su frase favorita cuando la visitaba en su penitencia en la crujía Z: “¡Carnal, recuerda siempre esto, es más fácil claudicar que dar tu vida por tus ideales, nunca te rindas!”.

En esos días de nostalgia propia y ajena, en donde los movimientos feministas invocaron a la Revolución Sexual al incinerar los sostenes en piras blasfémicas, ante el estupor de las familias ortodoxas y la maravillosa experiencia visual de los jóvenes, el aire emanado tenía una densidad ingenua, con un apreciable olor picante a pimienta y menta, propia de idealistas y soñadores. Pero, por otra parte, del lado oscuro de la luna estaba la línea de los duros, de los extremistas, de aquellos chavos que, como mi hermano

Ernesto, vociferaban: “¡queremos el mundo, y lo queremos ahora!”.

En casa, cuando llegaba a estar reunida toda la familia, después de que los sagrados alimentos fueran santificados por la abuela, el sacro ambiente reinante adquiriría una tonalidad opaca con aroma a azufre, pues era inane la existencia de un acuerdo entre la pacifista y el revolucionario. Ignoro la razón de ello, pues en el fondo los dos anhelaron lo mismo: un mundo mejor. Mi hermana, harta de la retórica dogmática de mi hermano, daba las gracias y se retiraba a su recámara con su plato de verduras orgánicas; en cuanto a mi carnal, él seguía citando a grandes hombres libertarios, concluyendo siempre con su frase predilecta, al parecer de un negro de moda, un gringo activista por los derechos civiles, un tal Malcolm X: “Todo, por cualquier medio necesario”.

Mi madre era, al parecer, la única que entendía la descarga de tanta palabrería, pues nunca la vi abandonar el comedor sin antes lograr apaciguar a Ernesto. Lo realmente extraño era ver cómo no mostraba ninguna preocupación por las posturas radicales de su hijo. Supongo que mientras esos pensamientos subversivos no salieran de la cocina, todo estaba bien. Sin embargo, el día inesperado se presentó ante nuestra entera conmoción. Esa noche aromática de carmines y tréboles, Ernesto llegó tarde a la cena, encontrándonos remojando chilindrinas y conchas en las tazas servidas con leche y café. Él, feliz y con un semblante de convencimiento moral, se paró imponente en la sala y anunció con una voz clara y precisa su alistamiento en el Frente Sandinista de Liberación Nacional.

Esa noche, a mi angustiada madre se le nubló la vista e, inconsolable, le profetizó su destino: “Querido hijo, si te metes de redentor, saldrás crucificado”. Y, claro, ese sino

había sido la lamentable realidad histórica de todos nuestros parientes, que de alguna manera se habían involucrado en movimientos de revoltosos. El último de ellos fue el abuelo, quien fue ultimado por el gobierno durante la Guerra cristera. Pero eso a Ernesto no le importaba, pues, sin poner atención a las palabras de su madre, se hincó y le pidió su bendición.

A 2000 años luz de casa, jamás volvimos a saber de él. Aún tengo muy presente aquella noche triste gris y fría. Nada semejante a las brillantes y movibles luces observadas con mi cuate “El Groovy” al viajar con LSD y conocer los secretos de la poderosa música psicodélica en los “hoyos funkies”, utilizando al rock and roll como una nueva forma de comunicación de nuestra era.

Luis, aunque era el penúltimo de la familia, parecía ser el más intelectual, autónomo y excéntrico de todos nosotros. A él raras veces se le veía en el hogar, pues prefería vivir con su chica en una enorme comuna establecida cerca de los canales de Xochimilco, el lugar propicio para la libre expresión y la creatividad, y para llevar a la práctica su rollo ecologista, pues cosechaban alimentos colectivos — incluyendo la marihuana, que continuamente atizaban —. Todo de la forma más tradicional posible, en plena armonía con la naturaleza, sin la utilización de fertilizantes ni agentes químicos.

En lo personal, me identifiqué mucho con mi carnal, supongo que en algún momento de mi vida quise ser como él, lo imitaba al vestir y hasta en el caminar. La verdad es que gozaba mucho cuando repentinamente llegaba a visitarnos, pues siempre traía auténticos presentes para todos los miembros de la casa. A mí me regalaba libros muy densos, como el de Ken Kesey, *One Flew Over the Cuckoo's Nest*, el cual, según me aseguró Luis, se basó en buena medida

en las vivencias de Ken como voluntario en los experimentos con drogas sicotrópicas del gobierno estadounidense; no obstante, yo había leído por allí que el autor se inspiró mientras trabajaba en un hospital para enfermos mentales.

También llegó a obsequiarme algunos acetatos de mi cantante favorita de blues, la bruja cósmica, Janis Joplin y su Big Brother and the Holding Company. Lamentablemente, a pesar de sus muestras de cortesía, Luis no era bien recibido por la matriarca, quien, si bien toleraba su greña esponjada estilo afro y su notable barba descuidada, de plano salvaje, no aceptaba su vida en promiscuidad con Sofía, a quien llamaba “La Concubina”. Él, al escuchar la cantaleta reprobatoria de mamá, sólo encogía los hombros y se salía al refugio de la calle dando grandes zancadas, luciendo sus botas de gamuza de motociclista y sus pantalones de mezclilla acampanados.

Una vez, decidí seguirlo sin la autorización de mamá, ni de nadie. Caminé tras de él por un largo rato a través de avenidas y calles desconocidas, hasta parar en una librería con un parecido más a un café de chinos, donde se sentó sobre unos costales amontonados en el suelo. Antes de decidir entrar a su encuentro, lo observé liar un cigarro en un *zig-zag* que al prenderlo emanó un fuerte olor a petate quemado. Al verme, me pidió con una voz semejante a la de un ventrílocuo no comentar nada sobre sus hábitos a la hierba. Le prometí no hacerlo y hasta la fecha lo he cumplido.

Esa tarde pasé un momento inolvidable, platicamos del porvenir y del acontecer de su vida. Me comentó sobre sus intenciones de irse a vivir a una comuna en el corazón de Haight - Ashbury y, en cuanto se estableciera allí, unirse a los Pranksters del Dr. Timothy Leary y sus populares sesiones de alucinógenos, para expandir la conciencia y lograr así experiencias místicas con una profunda carga de

espiritualidad, o de perdida rolar por los caminos a bordo del Further, el camión mágico. Súbitamente, él y sus amigos enloquecieron, no dejaban de carcajearse por nada. Me espanté tanto que me fui sin despedirme. Esa sería la última vez en verlo ese año.

Los días pasaron y en el buzón recibí un paquete de San Francisco; de su interior extraje una bonita postal que decía al reverso: “Te extraño un chingo, pequeño, pero aún falta un buen rato para que regrese. La banda ya logró un espacio para tocar el próximo año en el Monterey International Pop Festival. Oye, te envío un libro súper cool de Thomas Wolfe, *The Electric Kool-Aid Acid Test*. Cuídate mucho y llena de besos a la jefa por mí. Luis”.

Ese verano de amor y paz me marcaría para siempre, dando forma a la vida con su poder cambiante y abrasivo, lleno de experiencias, pérdidas y nuevos retos, pero, a mis ojos, lo único con sentido en aquel momento era cortejar al amor de mi vida, a la vecina del edificio contiguo, a quien, con mi persistencia, el tiempo y algunos pétalos lograría convertir en mi inseparable esposa.

Almendra

*¿Es posible que un hombre invente
una historia que con los años resultará
ser la biografía de otro hombre?
Guillermo Cabrera Infante*

Este es un relato de infortunio, pero, aunque no estamparé aquí el nombre de ella, “aun sin nombrar al santo puedo referir sus milagros”. El enamoramiento ocurrió en el verano del año 1940, o tal vez en el 45, no recuerdo con precisión, pero eso no importa. Lo relevante es que el hecho aconteció en el bailadero enclavado en la colonia Guerrero, en el número 16 de la calle Pensador Mexicano, en el “Salón México”.

Quedé de reunirme con mi carnal en la pulquería “Memorias de mis tiempos”, ubicada a la vuelta de la esquina del “México”, en la calle del Pinto. Entré al recinto y había verbena. El jacalón estaba cubierto de aserrín teñido de diferentes colores y del techo de tejamanil colgaban cadenas de papel de china. Pedí un curado de avena y, mientras esperaba, de la vitrola se escuchaba la transmisión de la XEW, era Toña la Negra: *Después de tanto soportar la pena de sentir tu olvido, después que todo te lo dio mi corazón herido...* Recordé a Alejandra y quise llorar; sin embargo, antes de que la congoja aflorara, el dependiente ofreció al público patas de gallina.

— No chille, joven, mejor a darle, que es mole de olla. Hoy se casa mi hija, adelantó vísperas, y las “Memorias” es-

tán de manteles largos. Ya sabe, a cada capillita le llega su fiestecita.

Me contuve, no por las palabras de aliento del jicare-ro, sino porque pronto llegaría mi carnal y no deseaba que me viera en un estado tan lamentable. Mi camarada ingresó y se percató que andaba arrastrando la toalla.

— ¡Alza el vuelo valedor! Bebamos una ronda más de cacarizas del neutle y vámonos a raspar suela al “México”. Ahí de seguro te despabilas.

Entramos al Salón México y la orquesta de Dimas interpretaba *Nereidas*. El centro del lugar estaba hecho de tablas uniformes; de un extremo estaban los músicos y del otro lado un mural decorado con unos cartones pintados representando árboles; en el fondo, en el vestíbulo, había espejos ondulantes que producían hilaridad a quienes se paraban frente a ellos.

Agucé la vista e imantado, en medio del salón “Rena-cimiento”, vi a una muchacha de pie, con blusa roja, falda blanca y mallas negras de red que ceñían sus torneadas piernas. La observé y no fui inmune a su belleza campirana. Cuando acabó la música, caminé hacia ella y, según me aproximaba, tuve la impresión de estar viendo a Marga López, cuando ya estuve muy cerca de ella, llegué a jurar que estaba frente a Afrodita. En fin, cualquier punto de comparación me llevaba a una imagen de idealización.

Frente a frente, ambos callamos. El maestro de ceremonias clamó: “¡Hey, familia, danzón dedicado a Kid Azteca y amigos que lo acompañan!” Se oyó el inicio del tema *Elodia*. Tomé la mano de la chica y paciente esperé el compás indicado para soltarme al *dancing*.

— ¿Qué? permanecerás pasmado con la cara de tarugo o bailarás —, sentenció ella.

No pude moverme, y no fue por miedo a la danzonera, tampoco por terror a la multitud concentrada en el garito, mucho menos por no saber bailar la forma lenta, cerrada y con algunas figuras tibiamente abiertas del danzón.

— ¡De a ladrillo pues!

Habían levantado las pantallas los timbaleros; los clarinetes y los trombones empezaron a tocar. Sentí escalofríos y fue imposible moverme. Entretanto, reflexionaba, ¿cómo era posible enamorarse de súbito? Sentí la falta de aliento y quise pedir auxilio, pero a pesar de la concurrencia, no había nadie para venir en mi ayuda. No sé cuánto tiempo estuve ahí, estático, observando cómo ella se iba mimetizando entre la gente. Hasta que apareció mi carnal.

— Ábranse piojos, que *a'i* les va el peine. ¿Qué pasa contigo carnal?

— Mira a esa mujer, con voz ronca, atrevida, y ojos perdidos en la espesura de su belleza, como corresponde a una estrella de cine —, señalé con el índice.

— Estoy enamorado de ella —, fue lo único en salir de mi boca.

— ¡Aguanta un piano! Pero no ñero, a chaleco, por la manera de mascar el chicle, clarito se ve que es una alegradora. De seguro viene de terminar su rondín en el tramo de las Gayas, en la 7ª calle de Mesones. Ahí, mejor ni te metas, esas saben manejar el abanico como si fueran duquesas.

— No lo sé, en su rostro de niña mexicana solitaria creo ver un brillo claro, igual a la de la almendra —, cavilé.

Ignoré la perorata de mi carnal y pretendí buscarla, pero al comenzar la pieza *Salón México*, repentinamente se desencadenó una tempestad, y la alineación musical ejecutó escalas cromáticas y acordes de séptimas disminuidas. Por la izquierda y la derecha salieron muchas personas vestidas con trajes de magnífica hechura; *zoot suit*, con camisas de

cuello ancho entonadas, corbatas amplias que caían hasta la cremallera del pantalón, y con los cabellos generosamente engominados con mantequilla, manteca o sebo, que arrojaron a la muchacha hasta perderla de mi vista y aunque la busqué, ya no estaba en ninguna parte.

Desde aquel día no pude pensar en otra cosa, e ilusionado en mis afectos o impulsado por ellos, me abrí paso solitario en su búsqueda. Un día más, eso es todo lo que hay por hacer, me animaba día con día, hasta que la tenacidad dio frutos: “agua blanda en piedra dura, a la larga, cavadura”, pensé.

Me habían hablado de un joven flaco, con un ralo bigote a la Rodolfo Acosta, nervioso, un tanto petulante, siempre torturado por alguna angustia interior, decían que quizás la conocía. Y así fue. Al terminar aquella charla con el “Charro” — así lo llamaban aludiendo a su padre, un líder sindical de la CROM —, se ofreció para llevarme en su carro, un Cadillac serie 62 color vino, completamente nuevo.

— Esa daifa es de lo mejor hermano, mueve las caderas similares a la “Tongolele”—, mencionó.

Lo miré y se me revolvieron las vísceras. Quise responder, pero me contuve y permanecí en silencio. Él era el único que sabía en dónde encontrarla. Llegamos a la esquina de Rosario con Emiliano Zapata en el Cuadrante de la Soledad.

— Aquí te dejo valedor. Ten mucho cuidado, en este barrio te quitan los calcetines sin quitarte los zapatos.

Caminé entre los cazuelones hirvientes de pancita y ollas de burbujeantes frijoles sobre braseros, de unos comedores de “agachados” frente de la iglesia de la Soledad.

— Pasen, jefecitos. Cinco tacos por 20 centavos. ¡Es casi vivir de balde! —, gritó la chimolera.

Dirigí mis pasos al otro lado de la acera, directo al café de chinos “Shanghái”, donde según había dicho el “Charro”, ella vivía en la azotea de la vecindad. A unos metros del café, un cilindrero ciego me detuvo, cosa que me sorprendió.

— Me llamo Casimiro y he de confesar que aún veo un poquito por el ojo izquierdo.

Le di un tostón. Entré a la vecindad y subí las escaleras hasta dar a la parte alta, pero no fui de inmediato a su cuarto, sino hacia los tendedores, donde no había nadie. Me senté sobre un fregadero, junto a una pileta, con las piernas recogidas y la cabeza inclinada, y permanecí largo rato meditando, inmóvil. Transcurrió más de una hora. Nadie me molestó. Súbitamente me eché a reír con una risa extraña y vacía. Volví a echarme a reír con los ojos llenos de lágrimas. De verla, no sabría qué decirle. Había desarrollado una ilusión galopante, desbocada y vertiginosa como casi todas las cosas propias. El amor excesivo y desbordante, de una falsa quimera, me había llevado a la locura.

En eso, fui sorprendido por un caifán que se caracterizaba por el desaliño vestimentario, el desgarmo, el uso de zapatos de trabajo de los que llaman de “minero” y sólo se venden en las bodegas del mercado de “La Merced”, parecía salido de una novela de Revueltas. Le proporcioné santo y seña de a quien buscaba.

— Ven, ñero, esos son los remanentes de esa daifa—, dijo con socarronería, mostrándome un cuartucho.

Me acerqué a ella y rocé con los dedos su cabellera con rastros malolientes de la vaselina de la prostitución, después la cogí ligeramente por el cuello; al darme cuenta de que estaba sin pulso, di un salto hacia atrás. El caifán se paseó de nuevo por la habitación frotándose las manos de forma nerviosa y concluyó:

— Ella se sintió herida. Desalmados la llevaron a ras-tras, igual que a un criminal. Llevándola por caminos muy lejanos de su 5° patio y por selvas muy oscuras en donde la droga y la picardía le eran solidarias.

Cerré la puerta tras de mí y con postrera mirada que lancé hasta estrellarse con el firmamento, comprendí sin paliativo alguno que ella había muerto. En la esquina próxima a la iglesia, el cilindrero terminaba de tocar *Sombras*.

Isadora

*Nombrar es dar nombre a algo
y si este algo no existe, no es
posible nombrarlo.
Wittgenstein*

Relataré aquello ya antes dicho, aunque lo nuevo no está en lo que se dijo, sino en los atroces acontecimientos tras su retorno. A la manera de las tinieblas, el mal no tiene ningún ser propio, sino que es un defecto de ser, de luz, de bien.

Las lenguas falaces decían haberla visto en la vera del camino real, vestida con su traslucido camisón níveo, tarareando siempre una marcha trastornada, a modo de una cajita musical, una disonancia capaz de encantar al extraviado peregrino. Ella, la hechicera del bosque, transportada por algo mayor a un sonambulismo, dirigía sus encuentros hacia el oleaje luminoso de luna rumbo al aquelarre. La incompreensión ante su libertad y aquella plenitud mecida entre su larga y negra cabellera, aterraba.

La situación se ha ido agravando cada vez más. ¿Sabes a qué huele la muerte? En las noches, después de irse a acostar, ella sale al jardín rumbo al campo de espinas, y lejos, ya en el corazón de la arbolada de pinos, hace cosas..., cosas horribles. Donde hubo una muchacha yace un despojo ¡A cuántas he enterrado!, y siempre fluye sangre nueva, fresca. No veo una entidad distinta que la de un monstruo sediento.

Con el trascurso del tiempo, la gente creó historias para sosegar su desconcierto. Entonces, las fantásticas narraciones de ese poblado comenzaron a propagarse. Incluso, pastores ajenos a la región, para evitar sucumbir al murmullo de la sibila, se obstruyeron los oídos con todo tipo de objetos. “El vellón de carnero alado es el mejor antídoto”, se afirmó por doquier.

Yo, un fiel sirviente embrujado por la fuerza de la cicuta, conducía a las víctimas de buen linaje por la cordillera, al pasadizo estrecho, allá por la angostura donde el macho cabrío bala por las noches de plenilunio. Las embelesaba diciéndoles: “En la quebrada las espera un vergel lleno de frutos de intensas tonalidades”. E igual al cuento de Hansel y Gretel, esparcía migas de pan de centeno en el sendero para darles confianza, pero en realidad las arrastraba a la cueva de la bruja para ser desangradas. “Unos piquetitos en sus senos núbiles para pintar mis labios”, decía Isidora.

En todo instante procuré mantenerme separado de la belleza de la sangre y del horror de lenguas, dientes u otras partes arrancados al azar, para inmovilizar su hermosura y su vitalidad eterna. Cuando la espiaba, era de reajo, así podía vérselo mejor.

Por siempre escucharé los gritos que torcían las comisuras de su boca cada vez que sus garras penetraban la blanca carne de las jóvenes plebeyas, similares a agujas de tejer y, antes de deslizarse en el paroxismo, sus últimas palabras entre jadeos y estertores eran: “Más, más fuerte”, hasta reventarles la carne. Desde entonces, el escalofrío ha permanecido en cada una de mis vértebras.

Un día, misteriosamente desapareció, se dice que la quema impregnó las coníferas con su olor y las brasas lanzadas a la oscuridad nocturna provocaron el aleteo de los cuervos, como vuelo de brujas, huyendo de la humazón. Al-

gunos aún la buscan por las neblinas del tiempo y sus almas sedientas de conocimiento se alimentan de sus enseñanzas: mirar la vida y el sentido de mirar morir.

Cuando Isadora agonizaba sobre su lecho, tan sin fuerzas estaba que ninguna voz, ningún aliento le quedaba, con libre decisión hizo que escribieran cuatro salmos penitenciales en un pergamino y los mandó colgar en la pared, con el fin de tenerlos constantemente ante los ojos y poder leerlos desde la cama. Se agarró a esto con tal de no precipitarse al abismo de la angustia de su alma. Ella murió hacia el anochecer, abandonada por todos.

Aunque ha pasado mucho tiempo, ese extraño rostro de agonía formidable, en verdad, por siempre lo veré, y el terror de la escuálida y viviente bruja, esos negros ojos, esa mirada sin esperanza, jamás la olvidaré, pues el conocimiento no es una ocupación de la mente, sino un ejercicio donde el espíritu entero se transforma, afectando a la vida en su totalidad.

Finjo que no importa la hoguera, cada cadáver de mujer, cada mujer que falta. Ahora ardo en tu odio inflamado, pues yo, Isidora, he encarnado a todas las brujas.

Los elegidos

*La insurrección contra un dictador
siempre será un derecho de la gente.
Fidel Castro*

*Everyone is plotting against me,
inside and outside the country.
Thomas Sankara*

De repente, la historia fue alterada...

El cadete siempre tuvo pesadillas, aunque la más recurrente era la visión de un joven fijo a la sombra de un cedro que leía la Filosofía de la Revolución, abrigando en sus más anheladas ilusiones ser el nuevo líder de su país.

Inicio

Burkhan Khaldun. Conferencia emitida por el cadete una vez provisto de fusiles británicos de asalto, Small Arms for the 80's (SA-80), y millones de municiones en la costa del Golfo de Khitai, vía Marsella. Yoweri Kaguta Museveni.

Agencia Central de Inteligencia (Central Intelligence Agency, CIA), Estados Unidos de Norteamérica.

— ¡Carajo! El cínico comportamiento real ha afectado a las costumbres y a la mentalidad de la población. El país se extranjeriza, se llena de lugares para la vida social y la ostentación. Las calles se inundan de paseantes ajustados al último corte parisiense y de lindas mujeres ávidas de ser

miradas cual putas occidentales. ¡Compañeros, ya basta! Derrocaremos a la monarquía, así la medida y la tranquilidad volverán al pueblo.

Los vítores no se hicieron esperar, la gente se arremolinaba alrededor del cadete intentando tocarlo como si ello les concediera un acercamiento con alguna divinidad gentil. Era tan grande el fervor mostrado por el gentío, que la vanguardia blandió sus fusiles y disparó al aire para contener a la multitud. A pesar de que las detonaciones se amplificaron por la inmensidad del lugar, nada apaciguaba a la gente. Todos allí ansiaban tocar al héroe que restablecería la estabilidad, la paz y la justicia. Hasta la arena del desierto deseó aproximársele, pues una repentina polvareda dispersó a la muchedumbre, teniéndolo para sí sola.

Golpe

Kerulen. Las fuerzas rebeldes acaudilladas por el cadete han depuesto al rey Haile Salassie. Se desconoce el paradero de la familia real y miembros próximos a la monarquía.

Idriss Déby. Embajada Italiana.

Recostado sobre la cama, el cadete encogió su cuerpo e improvisó en la mudez del cuartel, mientras abrazaba ese dilema tembloroso que lo había puesto en vigilia por días y que era la misma jauría de sombras que, con seguridad, había hecho desvelar a otros héroes de tiempos lejanos. Por lo que le dijo a su compañero de armas:

— Sabes, Mohamed, existen noches en donde uno se siente portar una armadura ficticia y te vuelves imbatible. Esa noche es ésta. Convoca a los compañeros, es la hora de los elegidos.

Moviéndose bajo el manto de la oscuridad, el cadete, con un deseo épico que le correría por las entrañas, en

poco tiempo hizo sentir el fragor de la muerte. Igual a una barracuda que en los arrecifes de coral devora el sustento, derrocó al reino. La sangre con lentitud obtuvo el resabio del mar, una masa de agua helada se extendió más allá de las fronteras hasta arrastrar trazas de viejos contrincantes en los litorales europeos. ¿Será Atila, Gengis Kan o Nur Al-Din, quien regresa? Así se cuestionaron reyes, ministros y presidentes.

Triunfo

El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), prevé en los días subsecuentes el desplazamiento de centenares de personas, para abandonar Avagaar.

Blaise Compaoré. Diario El País. España.

Después de la victoria, el cadete regresó triunfante a su ciudad de origen. A esa tierra mítica en donde han marchado sultanes y figuras de leyenda. Él mismo se preciaba de ocupar esa peculiar posición intermedia entre dios y hombre: “soy el héroe, el que desata o desliga de lo pasado, el libertador”, “soy el héroe, el que desata o desliga de lo pasado, el libertador”. Así pregonó, una y otra vez, hasta el paroxismo de una comunidad macilenta y manipulable, mientras su voz sublime resplandecía y se dispersaba de duna en duna, de clan en clan, y de tienda en tienda hasta hacer el desierto suyo.

Ley de guerra

Valle de Amur. Hemos visto el mal. A pesar de ello se eleva un arco glorioso. Hay júbilo en las calles acompañado de actos de saqueo en comercios extranjeros. “Todo símbolo burgués debe ser erradicado.” Así manifestó en la prensa local el cadete, pero no está claro cuáles son esos símbolos. Por lo pronto, miembros

del recién creado comité revolucionario han prendió fuego a varias fábricas de automóviles y motocicletas de la Bayerische Motoren Werke (BMW).

Paul Kagame. Reuters. Reino Unido.

Lo que siguió después opacó a las estrellas, pues el destello del fuego no les permitía brillar. El fulgor de las ráfagas cortaba el aire para abatirse sobre el cráneo o el pecho de millares de traidores. Los enemigos del pueblo inundaron con su sangre las calles, las plazas y los mercados hasta abonar la tierra. Lo único respirable era pólvora envuelta en el misticismo de una estela mortuoria.

Cualquier amenaza a la revolución será erradicada. Por lo pronto, he creado un ejército élite: “el comité revolucionario destituirá a la armada regular que una vez estuvo al mando del oprobio”. El cadete, ahora ostentando el máximo grado militar, radiaba poseso por los altavoces al transitar por las arterias del país, siempre escondido detrás del misterio de unos lentes negros de carey.

Diplomacia

Burkhan Khaldun. Reunión extraoficial del ministro Inglés de Relaciones Exterior, Omar Hasan Ahmad al-Bashir, con el jefe máximo, a razón de una serie de reportes emitidos por la oficina del Servicio de Inteligencia Secreto del Reino Unido (Secret Intelligence Service MI6), en donde manifiestan que la maquinaria de terror del nuevo régimen se había puesto en marcha.

Idi Amín. Aftonbladet, Suecia.

Sobre la mentira y la apariencia no se funda nada... No te has dado cuenta de las cosas... o quizá nunca las has tomado en serio. El aniquilamiento sistemático es un golpe bajo a nuestro apoyo y reconocimiento a este régimen.

Tenemos a la comunidad internacional y a las organizaciones civiles de derechos humanos cuestionando nuestro involucramiento con el movimiento rebelde. Nosotros los ayudamos dándoles armas, dinero, organizamos su servicio de inteligencia y enviamos consejeros, para negociar la nula intervención de fuerzas armadas extranjeras.

El ministro guardó silencio por un momento. El jefe máximo, al mirar la cara de desaprobación del interlocutor, refutó despreocupado:

— ¡Vamos! Ello es así, porque el hombre reconoció hace mucho que su vida es frágil, insuficiente y movедiza, y nuestro mayor esfuerzo es superar esas limitaciones asentándola en una base sólida y estable. Por eso liquidaré a quienes sean una fuente de inestabilidad, ya sea dentro del país o incluso en el exterior. Jamás toleraremos lo que aquí está aconteciendo, de seguir este camino nos veremos obligados a romper nuestro vínculo diplomático e imponer todo tipo de sanciones al país.

El ministro, con una clara indignación y desentendiendo cualquier protocolo diplomático, sentenció de manera irrefutable.

— ¡Mohamed...! El ministro ha terminado su visita. Escóltalo hasta el aeropuerto y después das la orden al comité revolucionario para mantener nuestro movimiento intacto y a la gente en línea. Conseguiremos la unidad a costa de la libertad.

El jefe máximo, vestido con ropa militar repleta de condecoraciones daba la última orden del día.

Sicosis

Hay descontento dentro de las fuerzas armadas y varios sectores de la sociedad. Se rumora sobre una conspiración or-

questada desde el exterior por parte de los exiliados. Issaías Af-tewerki.

Instituto de Inteligencia y Operaciones Especiales,
HaMosad leModi'in v'le Tafkidim
Meyuhadim (Mossad), Israel.

Los rumores de un supuesto golpe desquiciaron al cadete, su obsesión por su acabamiento repercutió seriamente en su comportamiento cotidiano; jamás permanecía en el mismo lugar por más de cinco horas. Incluso, tanto fue su temor que mató a todo aquel que le produjera desconfianza. El caso más emblemático fue el asesinato de su brazo derecho, General Mohamed Siad Barre.

No profirieron palabras. Bastó con que se vieran. El cadete dio media vuelta y se le incendiaron sus ojos de café incienso y así profirió entre susurros, mientras se alejaba de Mohamed.

— Ahora, aquí, he percibido la traición más añeja. Te concebí como a un hijo dentro del vientre. ¿Cómo pudiste...? Hoy, en tu orfandad, morirás.

El cadete, al acabar con su reflexión, llamó al jefe de su guardia amazónica.

— Aisha, algunas personas me subestiman. Pero Mohamed ya no lo hará más.

Colapso

La versión oficial menciona que el General Mohamed Siad Barre murió por un accidente de tránsito, pero fuentes del hospital en donde se realizó la autopsia encontraron en el cuerpo del occiso seis hoyos de bala calibre 9 milímetros, previo al accidente vial. Se presume que Mohamed era el mediador entre las fuerzas rebeldes y el Servicio de Inteligencia Exterior Ruso, Sluzhba

Vneshney Razvedki (RVS), para derrocar al jefe máximo. Esta información no ha podido ser corroborada.

Robert Gabriel Mugabe.
Agencia de Contrainteligencia Militar,
Militärischer Abschirmdienst (MAD), Alemania.

Mientras la oposición interna progresaba y se recrudecía el uso de la fuerza por el estado, era inevitable la aparición de la insurgencia. Entonces, con la gestación rebelde y la pronta infiltración en la capital, en vísperas del año nuevo, el jefe máximo, profeta de su propio destino, fue emboscado y abatido en su tierra natal. Las fuerzas rebeldes eran lideradas por un joven cadete.

Everybody must get stoned

*¡Ardiente vida que me está
matando y me abrasa por
dentro, como fiera
en plenitud de cielo!
Elías Nandino*

*Well the Ukraine girls really knock me out (...)
And Moscow girls make me sing and shout.
The Beatles*

El termómetro se ahogaba. Un vaho de sensualidad envolvía el aeródromo de Túshinom, entre el bamboleo de mujeres con los pechos al aire igual a Mon Laferte, y las contorsiones de varones con los torsos carentes de ropa. Los Black Crowes estaban a punto de inaugurar el esperado festival de música.

El gentío hilarante demandaba la presencia inmediata de la agrupación hasta que, de repente, un poderoso riff de blues que se potenció a través de los Marshalls de bulbos se escuchó por los confines de la roja ardiente estepa eslava; luego, resonó la voz del vocalista, idéntico a un grito de alarma. Un rugido de ondas sonoras capaz de ebullición la sangre adormecida hacia un impulso irremediable a la histeria colectiva. El vocalista atacaba cada vez más fuerte con la frase: “*Everybody must get stoned*”, sin dejar de mover la cabeza, parecía un metrónomo desfasado. La muchedumbre, atónita, sabía que, por fin, estaba sucediendo lo imposible, pero aun así no lo creía.

Mientras la felicidad se desbordaba formando remolinos invisibles, de súbito sentí un macizo golpe en la zona alta de la espalda que me sustrajo del inoculado estado narcótico en el que me encontraba. “*Everybody must get stoned, everybody must get stoned...*”, pensé, cuando mis ojos quedaron similares a vidrios opacos al darme cuenta de que los efectivos policiales que custodiaban el recinto arremetían contra asistentes, pandilleros, las Pussy Riot, Chikatilo. Macanas, gas lacrimógeno, perros de reserva ladrando intimidantes, *kalashnikovs*. Me acordé de la guerra de baja intensidad en contra de Chechenia, la falta de electricidad y agua en los guetos, del séptimo día de huelga de hambre en la Plaza Roja. Afganistán, la adormidera, el fanatismo; Kazajistán, el petróleo, la persecución; Turkmenistán, el litio, el aislamiento; Ucrania, el gas natural, los pensamientos sombríos. Naciones por contender por pura vanidad.

Tan solo una semana antes del festival se suscitó un fallido golpe de estado, así que el gobierno aprovechaba cualquier congregación pública para requisar a los asistentes en búsqueda de no sé qué. Tanteé los bolsillos de los jeans por inercia para asegurarme que llevaba los documentos de identidad, pero no los sentí. Entré en pánico: el ritmo cardíaco, la presión sanguínea, la respiración cortada, la duda, la desesperación de creermelo por un instante un indocumentado, pero pronto desapareció aquella sensación. Me sentía bajo la protección de Rasputín, pues soy de Óblast de Tiumén.

Aunque en la redada hubo bribones y desinformados, la autoridad armó la coartada perfecta durante la palabrería de prensa con un “esto nunca paso,” que se tuvo durante el concierto, pero la población sabía que, si bien el argumento sobre dismantelar el remanente de los golpistas

era importante, no significaba que fuese sólido. Al final la tensión rápido se disipó y el evento continuó.

Al regresar a casa, crucé por los galpones de refugiados protegidos con alambre de púas y unos maleantes surgidos de la negrura me asaltaron llevándose el último gramo del polvo blanco que cargaba.

Llegué a mi domicilio con fatiga, resoplando similar a un anciano. El cenicero estaba, la mancha de vino también, la envoltura del preservativo en el mismo lugar, pero la mariguana no la encontré. Sin embargo, mientras buscaba entre mis viejos poemas al fondo de los cajones, di con una bacha. Triunfante, la encendí y calé el humo hasta llenar a más no poder los pulmones.

Activé el estéreo y, para mi sorpresa, *Everybody must get stoned* se escuchó. Me tumbé sobre la cama para disfrutar la canción, cerré los ojos y, sin alguna razón, pensé que por la madrugada el eficaz estado utilizaría a los prisioneros de Butyrka para borrar las palabras de protesta de los muros de la fábrica de armas, de las murallas de las bases militares, del Kremlin y de los monumentos públicos a Stalin, Jruschov, Brezhnev y Putin. Así se cubría la vergüenza de lo que no debió suceder de nuevo en el país. ¿Será difícil entender que la gente desea una vida sencilla, digna, como le corresponde a cualquier ser vivo, con anhelos de llegar... yo no sé a dónde? También pasaron por mi mente los 43 desaparecidos, los deportados, los desplazados, hasta a mi madre la recordé tan bella.

Al siguiente día, la nieve empezaba a descender junto con panfletos políticos: un anarquista con un socialrevolucionario, un socialdemócrata con un nihilista, un comunista con un republicano. Exactamente 1,917 propagandas de vivos colores: amarillas, azules, verdes, cafés. Sin embargo, las cosas en el país no serían igual.

Era sólo tener paciencia, pues aquel primer festival musical fue más fuerte que cualquier intentona de golpe de estado o propaganda gubernamental. Lo que no parecía que iba a ceder, se venció con un sencillo estribillo: *Everybody must get stoned*.

Café, tostado y colado

*En Antioquia, la curva de matrimonio responde
ágilmente a la curva de los precios del café
Mario Arrubla*

¡Café, tostado y colado! ¡Café, tostado y colado! Pronto, abuela de mi vida, camina que sentado desespero... Vamos, cuéntame esas historias que tú sabes sobre el café, tostado y colado.

Mira, Juan Valdez, no hace mucho tiempo, la piel del café era más amarilla que la guayaba, y el grano era igual de dulce como la miel, pero la maldad del hombre hizo que el hollejo y el sabor del fruto cambiaran, a modo de recordatorio. Durante una época triste, la feroz sequía asoló las fincas. No había cosecha, no existía el fruto en los cafetales. Los viejos observaban con melancolía a los cafeteros lamentarse ante los elementos que a pregón del vallenato rogaban, repitiendo el estribillo: “Lluvia, lluvia de tu cielo, cae, pues sin ti me muero”.

Los viejos, ante la esterilidad, alzaban las manos hacia el firmamento y decían: “Debe ser que cantan bajo y Nuestra Señora de Belén no puede escucharlos”. Así pasaron los días, las semanas, los meses y el agua jamás llegó. Nadie en la siembra pudo cultivar. Llegó el brete de la producción de café y los latifundistas cafetaleros, dueños de las plantaciones del país, se negaron acoger a los cafeteros ante la crisis, a pesar de las incalculables ganancias obtenidas por la venta del grano.

Poco tiempo después estalló la violencia: las huelgas y el descontento social no se hicieron esperar. Los dueños de las haciendas, ante el temor de sufrir una expropiación, mandaron a su policía privada para aniquilar a los cafeteros entre los cafetales, bajo la consigna de no dejar ni la semilla. La sangre a caudales abonó la tierra y, a partir de ese día, la piel del grano se tornó roja y el sabor del café se amargó.

Caminos irreverentes, de Iván Medina Castro, fue editado en la Dirección General de Publicaciones de la Universidad de Colima, avenida Universidad 333, Colima, Colima, México, www.ucol.mx. La edición se terminó en septiembre de 2023. En la composición tipográfica se utilizó la familia Georgia. El tamaño del libro es de 21 cm de alto por 14 cm de ancho. Programa Editorial: Eréndira Cortés Ventura. Gestión administrativa: María Inés Sandoval Venegas. Diseño de portada: Lizeth Maricruz Vázquez Viera. Cuidado de la edición y maquetación: Leticia Bermúdez Aceves.

Caminos irreverentes, de Iván Medina Castro, es un conjunto de *tracks* que transitan por diversos senderos de la música y la vida misma. Son textos que suenan, se escuchan entre sus notas, entre sus voces. Cuentos que invitan a bailar, pegados a alguien, él/ella, una danza sensual, como las flores que mece el viento, como el fuego en su crepitar. Son danzas de pautas cortas, no hay aletargados solos de guitarra ni silencios infundados, la brevedad, casi la nimiedad, prevalece. Uno avanza una línea, arrastra un pie apenas y la música se interrumpe, con sorpresa muchas veces, otras sin sentido aparente. Conforme se avanza no puede uno dejar de pensar en otras voces como la de Machado, que en voz de Serrat canta “amo los mundos sutiles, ingrátidos y gentiles, como pompas de jabón”. Así, los cuentos breves de Iván se elevan ante nuestra mirada de ojos de papel, flotan sutiles, reflejan en su imperfecta circunferencia diversas geografías, diversos tiempos, rostros. En estos cuentos reina la pasión, la cual, como las pompas de jabón, es repentina, llega y se acaba sin aviso previo. Explota y es, se termina sin explicaciones, dejándonos un extraño sabor entre los labios, un gusto sutil, que algunas veces, en el mejor de los casos, puede evocar una melodía, una sonrisa, un triunfo o el color de unos ojos.

Édgar Rodríguez



UNIVERSIDAD DE COLIMA